

tafísicas se cierra, y se abre el período de la razón humana, de la ciencia positiva. La inteligencia, que hasta aquí se ha movido bajo la tutela de los conceptos apriorísticos, supervivencias del antropomorfismo primitivo, se emancipa, recobra por primera vez su independencia, y no reconoce más tutela ni más ley que las de la realidad vista y explicada. La primera condición de la ciencia desde ahora es que sea *explicativa*, y la explicación de un sér, de un órgano ó conjunto de fenómenos, no se busca en la razón discursiva, en el concepto heredado é indemostrable, sino en la historia. Explicar una cosa es exponer la evolución de que procede. Solamente lo pasado puede explicar lo presente. Y esto es cierto lo mismo de los objetos reales que del conocimiento de ellos. Una concepción científica se comprende investigando su génesis. De aquí la importancia de la Historia, clave que contiene la explicación de todo lo presente. Esta evolución ha determinado el nacimiento de nuevas ciencias, la Psicología experimental, la Sociología, la Prehistoria, la Arqueología jurídica, la Filología Comparada, la Paleontología Lingüística y otras, y al mismo tiempo, ha dotado de nuevos dominios, métodos y orientación á las que han sobrevivido de las antiguas. La moral se ha emancipado de la religión y erigido en cuerpo independiente. Todas estas ciencias han realizado ya importantes conquistas; pero lo descubierto no es nada para lo que les falta explorar. La transformación misma dista aun mucho de hallarse acabada: no son pocas las inteligencias que todavía no han podido sacudir el yugo de la tradición. Pues bien: llevar á fin y término esta evolución, seguir explorando los horizontes descubiertos y levantando el edificio de las ciencias sociales, tal es la tarea que el gran siglo de las luces que se acaba de cerrar lega al presente.



## CAPÍTULO TRIGÉSIMO-SEGUNDO

De la literatura francesa y la española

Los pseudo-clásicos habían dominado en Francia doscientos años; el romanticismo envejeció en cincuenta: rápida declinación, que se observa no ya sólo en el país vecino, sino en aquellos otros en donde las nuevas ideas se inertaban en el tronco robusto de la interrumpida tradición literaria nacional. Trátase, por tanto, de un fenómeno general. Sus causas son varias y fáciles de exponer. El romanticismo no era propiamente una doctrina: Víctor Hugo lo definió acertadamente calificándolo de «hecho psicológico». Su carácter esencial consistía en la exaltación de todas las facultades afectivas. Rebelándose contra los cánones arbitrarios de los preceptistas, había proclamado la libertad de la inspiración, oponiendo al convencionalismo imperante la sinceridad del sentimiento; al artificio, la verdad; al raciocinio, la pasión; á las formas rígidas consagradas por el uso, el poder renovador de la fantasía; á la vulgaridad y el prosaismo, la originalidad y la imaginación. Lo que unió á los románticos entre sí no fué la comunidad de dogmas nuevos, sino el afán de sacudir el yugo de los principios recibidos. Aliados en los días de lucha, se dispersaron no bien conseguida la victoria. Los llamados clásicos habían concebido el ideal de lo bello como un patrón inmutable; los románticos lo multiplicaron al infinito, triunfando con ellos lo particular de lo general, la inagotable variedad de tipos individuales del ejemplar único de la especie, formado por abstracción. Ocurrió, sin embargo, lo que acontece en todas las revoluciones. El impulso fué más allá de donde era menester: